

XI.

Aunque con referencia á México, hasta aquí, solo hemos hablado de las ventajas que la inmigracion extranjera proporciona, considerada, por decirlo así, en general: solo la hemos examinado, en efecto, influyendo sobre la agricultura y la industria, el comercio y la minería, las ciencias, las artes liberales, la organizacion política y la legislacion. Todas las conveniencias que hemos enumerado naturalmente nacen del aumento de la poblacion. La inmigracion extranjera las proporciona porque ella la aumenta; pero las proporciona á México lo mismo que á cualquiera otro país á que acudiria, las proporciona de una manera absoluta, y por decirlo así, independientemente de la situacion especial y peculiares circunstancias en que nuestro país se encuentra.

Bastante hemos hablado de las ventajas absolutas de la inmigracion extranjera. Debiamos ocuparnos ya de las especiales que á México le proporcionará por razon de la interior situacion que guardan en él los negocios públicos, y por razon de los peligros que de parte de algunos pueblos extranjeros, y principalmente del americano, tiene que temer.

Indispensable era para lograr mas claridad, dividir en absolutas y relativas las ventajas de la inmigracion extranjera con respecto á México. Hemos hablado de las primeras y ahora vamos á hablar de las segundas.

De la inmigracion considerada con relacion á los negocios interiores del país, intencionalmente no queremos ocuparnos.

XII.

¡Entrañablemente conmueve considerar las ventajas de la inmigracion extranjera con respecto á los peligros exteriores que le amenazan á México!

No hay para los pueblos desgracia alguna comparable con la de tener un vecino injusto y poderoso. Desgraciada es la Italia colocada entre el Austria que la domina y la Francia que la salva, pero que la acecha. Triste es la suerte de la Polonia tan al alcance de las garras del águila rusa. Mas triste aún la de la Grecia, situada junto á la salvaje ferocidad de los otomanos que á cada paso la desangran y la oprimen. México, colocada al lado de los Estados-Unidos, es una paloma colocada junto á un buitre.

En el Norte se forman siempre para México las nubes tempestuosas que oscurecen su destino. México, con respecto á este peligro, nunca ha obrado ni con valor ni con prudencia. Si se aleja de una manera efimera y transitoria, se entrega á una alegría insensata y se aduerme en una tranquilidad imprudente, como si el peligro estuviera conjurado para siempre. Cuando amenaza y se aprocsima decae hasta desfallecer y se acobarda hasta el envilecimiento. ¿Por qué las miradas del Norte han de perturbar nuestra serenidad? ¿Por qué ha de trastornar nuestras combinaciones interiores? ¿Por qué ha de burlar nuestras esperanzas y hacer dudosa nuestra suerte? No provoquemos nunca el peligro, porque arrojarlos sobre él en lugar de esperarlos, seria temerario. Mas esperemoslo siempre con una actitud firme como la conciencia de nuestra justicia. Para conjurarlo no lo despreciemos ni tampoco lo esajeremos, conozcámoslo bien, penetrémonos de él mas sin temerlo. Solo una conducta atenta y previsoras como la prudencia, tranquila como el valor, ó inflexible como

la conciencia y la justicia, pueden salvar á México en este grande peligro de una irremediable catástrofe.

Para penetrarse bien de este riesgo inmenso, suspendido sobre la cabeza de México como una amenaza terrible del destino, es necesario considerarlo en lo presente y tambien en lo futuro.

¿El Imperio mexicano debe temer por lo pronto una agresion, un acto hostil, algun embarazo diplomático por parte de los Estados-Unidos? En el fondo de su corazon éstos odian tanto al Imperio como detestan nuestra raza. A pesar de las duras lecciones que en su última guerra civil les ha dado la fortuna, insisten en creer que la dominacion mas completa en el Nuevo-Mundo es su destino. La doctrina Monroe es la fórmula soberbia de esa creencia impía. El destino, que halaga y engaña á los que trata de perder, les ha permitido extinguir nuestra raza en el vasto territorio que perdimos, como para hacerles creer que nuestro país todo, les pertenecerá tambien en lo futuro. El pueblo americano lo cree así con toda la orgullosa fé que inspira la prosperidad.

El Imperio mexicano apoyado en el brazo de la Francia, es el primer desengaño sério que sufren del destino y la burla mas cruel que pudiera arrojarles la fortuna. Un momento de paz y de tranquilidad para que México descanse de sus fatigas, un gobierno sólido á cuya sombra pueda, recogiendo sus desparramados elementos de prosperidad, engrandecerse, y la suerte de las razas latinas del Nuevo-Mundo queda asegurada. Este es el verdadero pensamiento de la Francia y la intencion visible de su jefe. Tan luego como México repose un momento, la doctrina Monroe pierde todo lo que tiene de alarmante y de terrible, sin que de ella queden mas que la impiedad de haberla consentido y la soberbia de haberla formulado.

Todo esto lo conoce y siente el pueblo americano. Comprende ademas que de no impedir hoy el establecimiento del Imperio, éste se consolida para muchos años y dejan los destinos de México de ser dudosos. Al pueblo americano no puede ocultársele que si no prevalecen hoy sus intereses y

sus intenciones, ya mañana es demasiado tarde para hacerlas triunfar.

Impedir que el Imperio se establezca, no concederle un momento de reposo, constituyen, pues, al presente, su interes y su política. ¿Mas le es posible al pueblo americano impedir su establecimiento ó perturbar su quietud de una manera violenta? Ciertamente que no le es posible hostilizarlo de una manera declarada, mientras sobre nuestra ribera del Bravo esté posada el águila francesa, y mientras por Chihuahua y por Sonora permanezca desplegada la bandera de la Francia.

Para asegurar la frágil fé de los que temen y juzgan incontrastables los peligros que de parte del pueblo americano nos amenazan al presente, es necesario ocuparse de la intervencion francesa en México. Una delicadeza exquisita es necesaria para hablar de ella. Debe ser tratada sin bajeza alguna que humillaria á México, mas á la vez sin ingratitud, pues tambien la ingratitud humilla. La dignidad y la verdad no son enemigas. Sin humillar, pues, á México, hagámosla justicia.

Para formar un recto juicio de la intervencion francesa, mejor es olvidándose de sus accidentes duros y sus dolorosos pormenores, remontarse á su mas alto pensamiento, que es la rehabilitacion de la raza latina en América. En todas las épocas históricas se observa que la Providencia concede la supremacía del mundo á algun pueblo á quien hace el instrumento de sus designios, para que de esta manera y por solo medios humanos se cumplan mas naturalmente. En el cuadro general de la antigüedad esta verdad se palpa claramente. Se vé durante ella pasar sucesivamente la soberanía moral del mundo, del Egipto á la Grecia y de la Grecia á Roma. En el "Discurso sobre la Historia Universal," en ese magnífico cuadro del género humano trazado por el soberbio y robusto génio de Bossuet, se vé clara esta verdad hasta hacerse, por decirlo así, sensible. Se cree palparla al caminar por entre los sucesos humanos y sobre los escombros de los imperios derrumbados, conducido siempre por la mano de ese inspirado intérprete de las voluntades divinas. En los tiempos mo-

dernos á la Francia parece haber sido confiada esta soberanía del mundo, y encomendado el deber de combatir por los grandes intereses de la humanidad en cualquiera parte donde hayan sido ultrajados, ó donde se vean sériamente amenazados.

Salvar la América Española de la triste suerte que la espera, es uno de los mas altos intereses humanitarios. Para salvarla era indispensable una dolorosa operacion de sangre, y á México le ha cabido en suerte el sufrirla. Para alivio de su dolor, fijese en que ella salva á todo un continente, y en que su sacrificio importa la rehabilitacion de una raza noble y llena de virtudes, pero desgraciada hoy por las turbulencias en que ha vivido, y las pasiones que ha dejado nacer en su corazon. Este es el gran pensamiento de la intervencion francesa, segun lo han espresado los dos mejores intérpretes de ella. El Emperador Napoleon, que elevándose á la altura de su pensamiento, trata de hacer olvidar á México su humillacion con beneficios y palabras cariñosas, y la Emperatriz Eugenia, dama ilustre, cuya noble sangre española le inspira en nuestro favor halagadoras frases, y en sí misma le advierte, que nuestra raza todo lo perdona, menos el oprobio. Hé aquí la intervencion considerada en sus fines.

Sus medios y sus pormenores deben quedar cubiertos por el silencio, que es el sudario que instintivamente arrojan los pueblos sobre los sucesos cuyo recuerdo les lastima, y sobre las épocas que los avergüenzan. Tienen las naciones lo mismo que las mujeres, un pudor instintivo. Hay palabras duras que pronunciadas ante un pueblo, son tan impías, como una frase obscena murmurada al oido de una vírgen. Es cruel y desnaturalizado pronunciar la palabra "intervencion" en presencia de México, á quien todos debemos amar con ese amor santo y respetuoso con que se adora á una madre desgraciada, y con esa ternura ardiente con que se idolatra á una mujer querida. Esta palabra hace estremecer á la patria, porque para ella significa los extravíos del pasado, la espioncion en el presente y las dudas del porvenir.

Hay dolores que merecen ser respetados. Tan cruel es hablarle á México de la intervencion francesa, como recordarle

á la altiva nacion española el año de 808 ó de 823, á la orgullosa Inglaterra las humillantes congojas porque la hizo pasar el primer imperio frances, como recordarle á la Francia misma los reveses de Waterloo, las irrupciones de los aliados sobre su suelo, y el conmovedor "adios" del patio de Fontainebleau. ¿Cómo calificar, pues, la intervencion francesa en México? ¿Es una incomparable calamidad arrojada por la Francia sobre la cabeza de nuestra patria, ó es un beneficio inmenso, que por su abnegacion y su grandeza misma no le comprendemos? ¿Es un castigo ó un favor del cielo? ¿La intervencion francesa nos pierde y nos humilla, ó nos salva y nos ecsalta? Hay sucesos de tal magnitud, que por su grandeza misma no pueden ser juzgados con calma, mientras que el trascurso del tiempo no los coloca á una gran distancia, y como en una lejana perspectiva. El fallar sobre ellos está reservado á la posteridad, y solo la historia puede juzgarlos con acierto. Todos los pueblos débiles apelan á la posteridad. Ella maldecirá á la Francia si humilla á México y lo pierde. Si lo salva, nuestros hijos nos ayudarán á pagarle la inmensa deuda de gratitud que le deberemos entonces. Esta es la intervencion francesa con respecto á México mismo, é independientemente, por decirlo así, de los peligros que le amenazan en el exterior.

Cuando estos se aproximan, tan luego como en el Norte se desatan rumores de tormenta y se escuchan esos sordos murmullos que anuncian la agresion, la escena varía inmediatamente y el papel de la Francia en México se cambia como por encanto. Deja de ser el pueblo fuerte destinado á castigar los errores de un pueblo jóven y débil, para convertirse en el guardian de la justicia en el mundo, en el obstáculo providencia l contra la ambicion insensata de un pueblo orgulloso, que no la reconoce ni la respeta cuando se opone á sus fines. La Francia entonces, es como la espada de la libertad y la trasfiguracion de la justicia misma.

Bajo este aspecto la intervencion francesa en México, representa principios y defiende intereses de la mas alta importancia. La cuestion que está resolviendo en el nuevo continente, interesa tal vez tanto á la Europa como á la Améri-

ca misma. La Francia quiere que México, así como que el resto de la América Española, queden abiertos á las ideas y los intereses de todo el mundo, adoptando como punto de partida la regeneracion de nuestra raza. Los Estados-*Unidos*, desean por el contrario, que sus propios desórdenes la destruyan, y desaparezca así el obstáculo que mas se opone á la expansion de su raza y de sus intereses en el continente americano. La obra de la Francia es de vida y la de los Estados-*Unidos* de muerte. Planteada así la cuestion, la conducta de México no puede ser dudosa.

Hay aberraciones de tal naturaleza que la historia jamas podrá explicarlas. No se puede comprender cómo tienen algunos Estados de la América Española simpatías, y se inclinan hácia las ideas y la dominacion del pueblo americano en nuestro continente. Menos se comprende cómo alguno de los partidos políticos que han dividido nuestro país, ha podido en su despecho invocar como una esperanza la dominacion americana. Esta implica en último término la desaparicion de nuestra raza, y por lo pronto su envilecimiento, peor aún que la muerte misma. Si por uno de esos impenetrables secretos del destino, México debe ser dominado por el pueblo americano, su suerte será tan triste, que sus hijos, semejantes á los judíos cuando el sitio de la ciudad santa, envidiarán la de los que perezcan. La raza americana solo desprecio abriga hácia la nuestra. Sus ideas, sus hábitos, sus sentimientos, son tan contrarios á los nuestros, su dominacion sería tan cruel y tan áspera, que los mexicanos que antes de sufrir tan grande calamidad muriesen, ciertamente serian los menos desgraciados.

No se comprende cómo puede haber mexicano alguno para quien la dominacion americana sea una esperanza de salud. Ni el despecho mas acerbo, ni las mas ecsaltadas pasiones políticas, pueden disculpar un tan repugnante extravío de ideas y de sentimientos.

La Francia, por el contrario, hiere á México, pero le salva. Es para México la intervencion una dolorosa obra de salud. Si con ella nuestra raza no se rehabilita, está perdida para siempre. Desde el momento, pues, en que el peligro ameri-

cano sea para México una amenaza séria, y sobre todo prócsima, este debe colocarse del lado de la Francia sin rubor y sin vacilacion. Este sea tal vez el único caso en que un pueblo débil pueda invocar sin avergonzarse el auxilio de una nacion poderosa que lo haya vencido y dominado. Desde el momento en que la agresion por parte del pueblo americano se considere como un peligro inminente, cesa la Francia de ser una dominadora para convertirse en una aliada. Como dominadora puede ecsigir la obediencia: á la nacion poderosa que nos salve del mas grande peligro que puede amenazar á nuestra patria, sería innoble é ingrato negarle el corazón.

Llegado, pues, el caso de un conflicto con el pueblo americano, México debe colocarse del lado de la Francia sin reserva alguna. De este lado estarán el honor, la justicia, los intereses de la humanidad y nuestra propia conveniencia. Una conducta semejante, será, por otra parte, la menos peligrosa para México. Solo lo sería, si la Francia fuese vencida ó lo abandonase en la hora suprema del peligro, mas ninguno de estos casos es probable en los eventos comunes de los sucesos humanos.

La Francia no puede retroceder en la gran empresa de América. Su sangre ha sido derramada, sus tesoros consumidos, su honor empeñado, y el peligro americano no puede por grande que sea, desviarla de sus propósitos. Un arreglo entre los Estados-*Unidos* y la Francia, en la hora misma del conflicto, tampoco es probable. Llegado éste, ninguna inteligencia pacífica es posible entre la insolencia americana y la susceptibilidad francesa. La Francia tiene la conciencia de su valor, el pueblo americano el orgullo de su prosperidad, y una recíproca soberbia hará imposible todo arreglo. Si el pueblo americano amenaza pues á la Francia, no le queda otro camino para salvar su dignidad, que contestarle con la mano puesta sobre la empuñadura de la espada. La Francia no puede abandonar á México en la hora del peligro. Si en América fuese cobarde, si temiese al pueblo americano, perdería en Europa la supremacia militar de que goza, y con ella el rango y dignidad que tiene. Sus intereses pecunia-

rios, pues, y su honor sobre todo, le responden á México de su perseverancia. Creer lo contrario es calumniarla: su historia prueba que ella nunca deserta en presencia del peligro.

En el caso de un conflicto tampoco debe creerse que sea vencida. Ni sus recursos nunca tan grandes como se suponen, ni las ventajas de combatir casi sobre su propio suelo, deben halagar el orgullo americano con la vana esperanza de triunfar de la Francia. La fuerza militar, ese génio de la guerra, esa rara aptitud para vencer á sus enemigos, constituyen la verdadera grandeza de la Francia, y será inútil que el pueblo americano intente resistirla. En la balanza de la guerra, la victoria se inclina siempre del lado en que pesa la espada de la Galia. En la cuestion de México tendría que que desenvainar ésta, la de las victorias solemnes, pues se versan en ella los futuros intereses de la raza latina y la dignidad del pueblo frances, tal vez mas que los destinos de México mismo.

Ademas de su valor y sus grandes recursos militares, podrá la Francia en el caso de un conflicto contar con la eficaz cooperacion de las principales potencias europeas. La Inglaterra tendrá por el Canadá que seguir su conducta y su política, á pesar de las vivas simpatías de raza que profesa al pueblo americano. La España instintivamente se colocará del lado de México, y las Antillas la pondrán en perfecto acuerdo con las miras francesas en la cuestion americana. Algunos otros pueblos europeos secundarán tambien, aunque con menos eficacia, los esfuerzos del frances. No es, por tanto, de temer, con arreglo á los cálculos de la prudencia humana, que la Francia sea vencida en México por el pueblo americano. Si por una desgracia, improbable ciertamente, fuese vencida, la conducta que deberia entonces adoptar el Imperio Mexicano, tampoco seria dudosa. Llegado este caso, estaba México en el de hacer suyas las nobles y valerosas palabras que dirijia á Luis XVI María Antonieta, cuando en 1792 el pueblo frances invadió el palacio de las Tullerías: "Llegado es, Señor, el momento, le decia, de que perezcamos todos en medio de nuestros amigos."

XIII.

Mas, ¿cómo es posible, dirá álguien, abrigar en tan solemne situacion semejantes esperanzas, cuando se sabe ya de una manera oficial que la Francia desiste de la empresa que la trajo á América? Es cierto, y sin embargo, no debe creerse. La naturaleza habla mas alto que las notas oficiales. Los pueblos no degeneran en un solo dia. Ciego el frances, no quiere comprender á su jefe, y trata de abandonarlo en la expedicion de México, de cuya alta importancia aun no llega á penetrarse. El espíritu de partido y los oradores inquietos de su tribuna, lo han ofuscado, poniendo ante sus ojos tan solo cifras y presupuestos. La insolencia americana será el aguijon que le despierte y le haga con una elocuencia mas incisiva, comprender sus verdaderos intereses.

Sorprende verdaderamente, cómo aun no llega á comprenderse en Francia el grandioso objeto de la expedicion de México. Lo que al regenerarla se propone principalmente, es levantar una barrera animada que contenga en el continente nuevo, la expansion del pueblo americano que seriamente trata de apropiárselo. Con igual objeto fueron las armas francesas á la Crimea: la autonomía y la integridad del imperio otomano eran una condicion indispensable de la seguridad de la Europa amenazada por la Rusia. El pensamiento íntimo de la expedicion de México, es el mismo que Napoleon el Grande tuvo respecto de la Polonia. "Quiero, decia, colocar sobre su trono á mi bravo Poniatowski para que la Francia tenga ese buen amigo á las puertas del imperio ruso. ¿Por qué no querrá tenerlo ahora á las puertas del pueblo americano, de este otro ilustre bárbaro de la civilizacion moderna?"

¿Qué no comprende, que mas se trata del interes suyo y de la Europa toda, que del nuestro propio? México está á fuerza

de sufrir, tan despechado, que poco le importan la dominacion ó la muerte. Pero la Francia! ¿Qué no sabe que son tales los elementos de prosperidad material con que cuentan los Estados-Unidos, que dentro de muy poco tiempo, que tal vez dentro de diez años, la Europa ya no podrá disparar un cañonazo, mover un telar ó introducir una mercancía sin su permiso. Sépan los que en Francia solo ven la espedicion de México á través de guarismos, que lo que realmente están comprando para su patria con tan engañosas economías, es no solo su ruina, sino la mas dura de todas las dominaciones, la del oro.

Es imposible: la Francia no puede retirarse. Aun cuando se segase hasta el punto de no fijar la atencion en tan óbvias consideraciones su solo amor propio bastaria para que permaneciese en México. Las insolentes risotadas del pueblo americano que al atravesar la espedicion, de vuelta, nuestro golfo, llegarían hasta sus oídos henchidas todavía de un sarcasmo brutal, harian que la Francia llena de indignacion y de coraje volviese volando al punto de que se alejaba. ¡Ay de ella si muestra debilidad! Se acuerda de Laffayette y confia en la gratitud. ¡Qué poco, qué poco conoce al pueblo americano!

La Francia no puede, quiere ni debe retirarse. Pero supóngase que abandona á México: con esta conducta variará sin duda, la situacion de éste, pero en manera alguna su resolucion debe cambiar. La suerte está ya echada, y llegado tan afflictivo caso debe decir lo que los de Sagunto cuando los abandonaron los romanos.... "Moriremos solos."

No puede la Francia, repetimos, abandonar á México. Tal vez muy pronto lo haga, y entonces se disipará nuestro engaño. Si así ha de suceder, mas vale por ahora, engañarse con prudencia que acertar con temeridad.

Reasumamos. Por graves que sean los peligros que al presente amenazan á México por parte de la Union Americana, la Francia no es probable le abandone ni menos sucumba con él ante ellos. Desprécialos, pues, mientras las armas de ésta se encuentren sobre su suelo. Con su sola presencia

los desvanece la Francia, por ahora, á México le corresponde aprovechándose del presente, conjurarlos tambien para lo futuro....

XIV.

Nada azora tanto á los labradores experimentados, como esas tempestades que amenazan sus campos desde lejos. Se mejante á éstas, el peligro americano crece con la distancia. Cuando se quiere abrazar con la mirada una amplia perspectiva, es necesario dominarla desde una altura á fin de descubrirla íntegra. Para conocer en toda su estension el peligro americano, conviene, arrojando la vista sobre la situacion y los sucesos del presente, hundirla en los horizontes del porvenir. El verdadero peligro no existe para México al presente, sino le amenaza para lo futuro. La Francia no puede permanecer eternamente sobre su suelo. Cuando sus armas le abandonen, nuestra debilidad quedará á solas, frente á frente de la codicia y la insolencia americanas. Esta será para México la verdadera hora del peligro. Desde el momento en que al retirarse de nuestro suelo abandone la Francia la playa del Atlántico, el filibusterismo se desbordará sobre nuestra débil y despoblada frontera del Norte. Cuando la Francia se retire, el pueblo americano caerá sobre México con todo el furor de la codicia contenida y el encono del ávido que se ha refrenado, no por virtud, sino tan solo por temor.

En el reposo se deben preparar los pueblos para la fatiga. México debe aprovecharse de la seguridad del presente para conjurar las inquietudes y peligros del porvenir. Hoy que cuenta con el apoyo de la Francia, debe dedicarse á establecer antecedentes que mas tarde hagan imposible una invasion americana. Las combinaciones de la diplomacia quizá